

tervenciones realizadas a lo largo de los años. No obstante, en los casos en que las lecturas del texto atribuido a Salgado les han parecido más apropiadas, han dado prioridad a *P*.

Sigue inmediatamente después la edición de la comedia, que aparece dividida en tres actos, así denominados, en lugar de jornadas como es usual en la época, por ser el término que utiliza Vélez de Guevara en sus autógrafos. En cuanto a las notas que los editores incluyen, podemos clasificarlas, como es habitual, en dos tipos diferentes: por un lado, aquellas que hacen referencia a las variantes entre los testimonios, que los editores incluyen a pie de página; y por otra parte, las puramente explicativas, que aparecen al final de la comedia, a modo de apéndice. Desde mi punto de vista, sería más pertinente que se hiciera al contrario, puesto que las variantes de los testimonios son de interés únicamente filológico, mientras que las notas explicativas son necesarias para todo lector que quiera entender vocablos, expresiones, alusiones históricas, particularidades gramaticales, etc., que se distancian de nuestra actualidad, y es más cómodo e inmediato que se encuentren en la misma página que aquello que explican.

Y llegados ya a la coda, solo me queda aplaudir a los editores por haber rescatado un texto desconocido de uno de los dramaturgos más importantes de nuestro Siglo de Oro, un texto con una transmisión muy interesante, basado en un episodio de la Antigüedad, que Vélez de Guevara convierte en una ágil comedia palatina, en la que el amor se presenta, una vez más, como el motor de la acción y como el medio a través del cual los personajes se van dibujando y desenmascarando. Además, la comedia está precedida por dos estudios introductorios esclarecedores y muy acertados que añaden valor al conjunto e invitan al lector a disfrutar de esta nueva pieza de nuestro teatro barroco.

ESPERANZA RIVERA SALMERÓN
Universidad de Valladolid

Luis VÉLEZ DE GUEVARA, *La jornada del rey don Sebastián en África*, edición crítica y anotada de William R. Manson y C. George Peale; y estudio introductorio de Marsha Swislocki (Ediciones críticas, 76), Newark (Delaware), Juan de la Cuesta Hispanic Monographs, 2014. 194 pp.

UNA HEROICA cruzada contra los enemigos del Cristianismo, una sangrienta batalla librada en el corazón de la amenaza musulmana y un

mesiánico rey que aguarda escondido el momento para llevar a los suyos hacia la independencia. Estos son los elementos fundamentales que se encuentran en *La Jornada del Rey don Sebastián en África* y en los motivos que llevaron a Luis Vélez de Guevara a concebir esta obra de la forma en que lo hace. En ella el autor nos hace partícipes de las circunstancias que condujeron a la batalla de Alcazarquivir, los preparativos y el transcurso de la misma, así como de la derrota que en ella sufrió el bando portugués.

Tal batalla constituye, en efecto, uno de los acontecimientos históricos que más bibliografía acumulan tras de sí, algo perfectamente comprensible teniendo en cuenta tanto los fatídicos hechos que en ella tuvieron lugar como sus consecuencias. En esta contienda lucharon tres reyes, sin que ninguno de ellos saliese con vida: el rey de Portugal, Sebastián II, apodado «El deseado»; el de Marruecos, Abd el Malik —llamado *Maluco* por los cronistas cristianos, tal y como ocurre en la obra de Vélez de Guevara—; y el aspirante al trono marroquí, Muhammad Al-Mutawakkil —*Jarife* en el texto—. El 4 de agosto de 1578 tuvo lugar este enfrentamiento, en el que jugaron un importante papel las ansias del rey de Portugal por conquistar territorios en el norte de África.

Tal interés, obviando por el momento las peculiaridades del carácter del joven monarca, respondía a razones estratégicas: desde el año 1471 la presencia portuguesa en África se localizaba en Tánger, posición que don Sebastián pretendía consolidar en esta región frente al emirato saadí, que entonces ocupaba lo que hoy denominaríamos el sur de Marruecos y que en aquella época eran los territorios de Marruecos, Fez y Tarundante. Una buena relación con el monarca de esta zona representaría por tanto para Portugal la seguridad de sus territorios, lo que le permitiría centrarse en la gran amenaza del Mediterráneo: el Imperio Otomano.

Sin embargo, la oportunidad de la intervención en Marruecos con la que don Sebastián había soñado —de un modo casi literal— no tendría lugar hasta la llegada de un conflicto en el propio sultanato: en 1574, la muerte del rey Muley Abdallah había dado lugar a un enfrentamiento entre los saadíes partidarios de Jarife, hijo bastardo del difunto rey, y los que apoyaban a Maluco, hermano del mismo. Muley Abdallah había muerto entregando la corona a Jarife, contradiciendo así lo que su propio padre había dispuesto: que, al morir Abdallah, el trono fuese ocupado por uno de sus hermanos. El sultán asesinó a varios de ellos para asegurar la permanencia de su hijo en el poder, de modo que solo tres sobrevivieron. Entre ellos se encontraba Maluco, que durante diecisiete años de destierro en Constantinopla aguardó la muerte de Muley

Abdallah para reivindicar la corona. Así, en 1575 derrotó con ayuda turca a su sobrino Jarife poniendo un temprano final a su reinado.

No obstante, el depuesto monarca no desistió de su empeño y se dirigió a la Península Ibérica para solicitar ayuda de Felipe II. Este, viendo lo arriesgado de la empresa, rechazó prudentemente intervenir en el conflicto. Desanimado, Jarife acude entonces a don Sebastián para proponerle que participe en la lucha por su recuperación del trono, a cambio de lo cual le promete la alianza entre las coronas de Marruecos y Portugal que de tanta ayuda podía ser a este último frente a la amenaza turca. La respuesta del joven rey no se hace esperar y de inmediato comienzan los preparativos para la cruzada contra el infiel que tanto había deseado. Imbuido de jesuitismo desde la infancia, don Sebastián albergaba el convencimiento de que era un «capitán de Dios» llamado a combatir a los infieles, un elegido divino para la batalla por la fe. La intervención militar en Marruecos constituía la oportunidad que llevaba aguardando durante años, y de nada sirvió la voluntad de disuadirlo, ni siquiera en boca de su propio tío Felipe II: cuando don Sebastián le pide apoyo y recursos para la campaña en Marruecos, él trata de disuadirlo de acudir personalmente a la contienda; pero finalmente, en vista de la imposibilidad de que el joven cambiase de idea, accedió a prestarle ayuda aun temiendo la peor suerte para él. El sentimiento de que una gran tragedia acechaba a Portugal era generalizado. Situación que agravó la aparición del gran Cometa de 1577, que pasó entonces cerca de la Tierra y pudo ser observado desde Europa. Su presencia sobre Belén durante cuarenta días fue interpretada por la población portuguesa como un mal presagio que disparó sus temores.

Finalmente, el 25 de junio de 1578, don Sebastián parte desde Portugal con unas 600 embarcaciones que transportaban al ejército, formado por aproximadamente 24.000 hombres, así como un amplio séquito, en el que se encontraban importantes representantes de la nobleza, veteranos de las guerras de África, Oriente y del norte de Europa. El 4 de agosto del mismo año tuvo lugar la batalla cerca de Alcazarquivir, pese a que Maluco, conocedor de las intenciones del rey portugués, había tratado de evitar previamente el enfrentamiento con una oferta de paz que incluía el control de algunos emplazamientos en la costa africana. Don Sebastián ordenó el ataque contra los casi 50.000 soldados del bando de Maluco, quien perecería en su tienda mientras tenía lugar la batalla a causa de un envenenamiento causado por uno de sus propios alcaides. Su muerte fue ocultada por su guardia, que fingía seguir sus órdenes para no desmoralizar a sus tropas en el transcurso de la contienda. Tras aproximadamente cuatro horas de desigual lucha, la

batalla de Alcazarquivir finalizaba con tres reyes muertos y un escaso centenar de supervivientes del bando de don Sebastián. Jarife murió ahogado en el río Mocacín mientras trataba de huir; y aunque ningún superviviente vio caer al monarca portugués, sus restos fueron recogidos por los saadíes y enterrados en la iglesia de Santa María de Belén, en Portugal, cuatro años después del conflicto.

Este sangriento resultado tuvo una importante repercusión en los dos bandos. Al trono de Marruecos, vacío tras la muerte de Maluco, accedió uno de sus hermanos, Muley Ahmed. De otra parte, en Portugal se desencadenó una crisis sucesoria que quedó sofocada con la toma del poder por parte de Felipe II. Para ello encontró poca oposición entre la población, por lo que acabó ocupando el reino con su ejército en 1580.

Indudablemente, uno de los aspectos más destacados de *La Jornada del Rey don Sebastián en África* es su orientación propagandística. El momento en el que la obra fue escrita, poco antes de marzo de 1607 según se cree, tiene asimismo relevancia para comprender qué movía a autores como Vélez o Lope a escribir este alegato, sutil en buena parte, en pro de la unión hispano-portuguesa. Se trataba de dar una dimensión de justicia al acceso de Felipe II al trono portugués, en vista de la sensibilidad del pueblo español acerca de la legitimidad del poder; además de contrarrestar la acción ideológica de las versiones del conflicto que circulaban en Portugal, en absoluto amables con la idea de la anexión a la Monarquía Hispánica.

Otro de los motivos fundamentales por los que resultaba conveniente esta acción ideológica era la conmoción que había causado en la Península Ibérica el fatal desenlace de la batalla de Alcazarquivir, en la que se calcula que perdieron la vida unos 8.000 soldados del bando de don Sebastián y su protegido, además de quedar prisioneros otros 15.000, frente a las aproximadamente 1.500 bajas del frente marroquí enemigo. A la vista de estos datos, la indiscutible victoria de la dinastía saadí supuso un fuerte golpe al ánimo portugués, que de otra parte se enfrentaba a la bancarrota debido al alto coste de la batalla y al vacío de poder que implicaba la muerte de su rey. Si bien tras el sangriento resultado de la batalla fue el tío abuelo de don Sebastián, el cardenal Enrique, quien lo sucedió en el trono, tal solución solo fue provisional: en 1580 la muerte de este último desencadenó la crisis sucesoria que desembocaría en la pérdida de la independencia portuguesa a manos de Felipe II durante ochenta años. La crisis múltiple vivida en el país, junto al trágico sentimiento que acompañaba a la pérdida de su autonomía, obliga a los portugueses a buscar una suerte de consuelo en el mito

sebastianista, que otorga un papel mesiánico a don Sebastián. Dicho mito sostenía que este no había muerto y que solo había que aguardar a su aparición, en la que reclamaría su legítimo lugar en el trono.

Para comprender el profundo arraigo de esta creencia, han de tenerse en cuenta las circunstancias previas al nacimiento del joven monarca, que su propio apodo — *El Deseado* — refleja. Portugal venía experimentando, desde comienzos del siglo XVI, una oleada de pesimismo procedente de sus reveses en la India, la constante amenaza de una absorción del país por parte de España y la incertidumbre acerca de lo que ocurriría a la muerte de Juan III, cuyos hijos habían ido casándose con los de Carlos I, lo que resultaba determinante para la posibilidad de unificación con el Imperio Español. El fallecimiento del monarca portugués en 1554 sin descendencia — puesto que sus hijos habían muerto antes que él — disparó este temor, así como la esperanza en el último hijo de Juan III que aún estaba por nacer: el príncipe don Sebastián, que recibió su nombre del santo de aquel día. De vital importancia fueron las creaciones poéticas de Bandarra, cuyos temas mesiánicos habían hecho a Portugal anhelar la llegada de un personaje conocido como *El Encubierto*, llamado a salvar al país. La identificación de este mito de resonancias cristológicas con las ansias por el nacimiento del príncipe fue el caldo de cultivo ideal para el posterior resurgimiento de las ideas de Bandarra en forma de sebastianismo.

La lectura de *La Jornada del rey don Sebastián en África* resulta incompleta, como se ve, sin un conocimiento previo de las situaciones que confluían en Alcazarquivir. Los intereses particulares de cada bando, determinados por las circunstancias histórico-políticas de cada uno de ellos, han de tenerse en cuenta para comprender el modo de representación de los acontecimientos de este episodio histórico de todos los textos literarios sobre la materia, en general, y el que nos ocupa en particular. Vélez se sirve de fuentes de carácter histórico y literario — crónicas de los historiadores Antonio de Herrera, Miguel de Leitão, Diego de Torres, e incluso de la tragedia sobre el tema que Lope de Vega había escrito pocos años antes, de la que toma muchos prestamos — y les da su propia forma, omitiendo unos hechos y subrayando otros con el fin ideológico que señalamos. Si bien buena parte de estas omisiones responden, con toda probabilidad, a la necesidad de un resumen del complejo entramado de relaciones políticas que hemos esbozado previamente, resulta inevitable comprobar la discreción con la que Vélez trata la cuestión de la ilegitimidad con la que Jarife se había apropiado del poder en Marruecos. Por el contrario, nos presenta como justa la acción de don Sebastián en apoyo del mismo tomando como base el

intento de asesinato que Maluco había cometido con su sobrino. Sin embargo, en el texto dramático el personaje de Maluco trata de envenenar a Jarife como modo de sustitución de la guerra que tuvo lugar entre ambos a la muerte de Muley Abdallah. Por tanto, aun sujeto a un tratamiento muy particular, el tema de la responsabilidad tanto personal como política de don Sebastián constituye la piedra angular del razonamiento ético de Vélez para abordar la actuación del rey y sus consecuencias, que se encuentran ligadas además a la voluntad divina.

Resulta innegable la presencia de una fuerte oposición al mito sebastianista, que como exponente de la voluntad portuguesa de mantener la independencia resultaba evidentemente poco favorable para la legitimación de la toma del poder por parte de Felipe II. El factor más esencial se encuentra, al igual que ocurre en otros textos dramáticos sobre el mismo tema como *La tragedia del rey don Sebastián* de Lope, en la representación — que a su vez constituye una no-representación — de la muerte de don Sebastián. Aunque esta no tiene lugar directamente sobre el escenario, el público asiste a la misma a través de las voces que llegan desde fuera de escena y narran lo que sucede. Así, evitando mostrar del modo más explícito el fallecimiento de don Sebastián, Vélez de Guevara ahorra a los espectadores — del mismo modo en que lo hace con el resto de la batalla — asistir a la crudeza y la violencia de la guerra, además de presentar una versión santificada del mismo a través de su cadáver. Cabe comentar a este respecto que en esta obra, al igual que en la de Lope de Vega, el rey muere a causa de un disparo, lo que posiblemente sea un modo de retratar su bravura y destreza con las armas: no un hombre, sino un arma de fuego, es lo que consigue arrebatarse la vida al monarca, pese a encontrarse en medio de una feroz batalla (Honor). En cualquier caso, lo que sí se desprende fácilmente de este mostrar, aun de forma velada, la muerte del rey es un argumento en pro de la anexión hispano-portuguesa respaldado por la inevitable ausencia de don Sebastián.

Otro de los factores retóricos a tener en cuenta es la favorecedora imagen que Vélez nos da de la figura del monarca, el protagonista indiscutible de su obra. Este buen trato a don Sebastián se aprecia claramente en las descripciones que se dan de él en el texto. Tal tratamiento del rey responde a una doble intención: ganarse la simpatía de los portugueses, de una parte, y de otra relacionarlo claramente con la dinastía de los Austria, circunstancia que señala a Felipe II como sucesor lógico en el trono y declara asimismo el singular modo de ser de don Sebastián que permite reconocer fácilmente a cualquier impostor de su persona que pueda surgir.

Así pues, todos los elementos están orientados a disipar las dudas acerca de la muerte del rey portugués, que se muestra en la obra como ineludiblemente cierta, y a lanzar un claro mensaje acerca de la misma: se hizo todo lo posible por evitar una campaña militar en África, pero nada pudo impedir que don Sebastián abandonase la idea y las desastrosas consecuencias de la misma obligando a la Monarquía Hispánica a hacerse cargo del gobierno de Portugal.

La cuestión de la fortuna o el destino impregna todo el texto: la muerte de don Sebastián es inevitable en la misma medida en que resulta imposible disuadirlo de emprender una campaña militar en África. La causa que apoya —el ascenso de Jarife al poder pese a pertenecer legítimamente a su tío Maluco—, por más que tenga cierto fundamento en el valor estratégico de una alianza con Marruecos y en la voluntad de expandir la fe cristiana, atenta contra la justicia divina. En el carácter inquebrantable de esta se encuentra la razón de la muerte de don Sebastián. Sin embargo, no asistimos a la visión de un rey derrotado y castigado por su Dios, sino a su santificación de la mano de la presentación de su cuerpo asaeteado. Vélez nos muestra el cadáver del monarca sentado en una silla y lleno de flechas para identificarlo con su santo homónimo, quien sufrió este mismo tormento por declararse seguidor del cristianismo.

Acerca de estos y otros aspectos de la obra que nos ocupa encontramos una brillante reflexión tanto de la mano de Marsha Swislocki, quien sintetiza a la perfección en su estudio introductorio las claves para conocer el contexto de *La Jornada del rey don Sebastián en África*, como en las notas de George Peale, de cuya labor de edición y estudio centrada en Luis Vélez de Guevara (heredada del difunto William R. Manson) surge la posibilidad de estudiar a este dramaturgo como merece.

RAQUEL SÁNCHEZ JIMÉNEZ
Universidad de Valladolid

Óscar CORNAGO (coord.), *Manual de emergencia para prácticas escénicas. Comunidad y economías de la precariedad*, Madrid, Editorial Continta Me Tienes, 2014, 324 pp.

EL PRESENTE VOLUMEN tiene sus orígenes en el III Encuentro de Creación Escénica Contemporánea «¿A qué estamos jugando?», realizado en Valencia a finales de 2012 y organizado por Carolina Boluda, Óscar